

# 24 horas

Lo supe desde el momento que vi las noticias. Una inminente catástrofe global, un suceso que destruirá toda la humanidad. El reloj marcaba las últimas 24 horas; veinticuatro horas. Ese era el tiempo que nos quedaba antes de que todo llegara a su fin. La noticia que las pocas televisiones que seguían retransmitiendo repetían y repetían, se había extendido rápidamente. Unos pocos incrédulos, como si del día de los Santos Inocentes se tratase, la ignoraron al principio, pero enseguida se extendió de boca en boca, causando caos y pánico en cada rincón del planeta. Nadie sabía ni entendía cómo o por qué iba a suceder, solo teníamos la certeza de que era inevitable. El que estábamos viviendo iba a ser el último día, nuestro último día, en la Tierra.

Me llamo Irene, soy una adolescente de diecisiete años. Vivo en una pequeña y apacible ciudad en la que todos nos conocemos y en la que, salvo pequeñas rencillas, siempre nos llevamos bien todos los vecinos; en la que, hasta hoy, hasta este fatídico día, en el que todo se ha vuelto diferente, parecía que nunca pasaba nada. Veo las calles por las que solía pasear, repletas de gente que en pánico corre de un lado a otro, mientras gritan y, a ratos lloran y, en algún pequeño rato de sosiego y calma, tratan de entender qué está pasando, de encontrar respuestas que nunca llegarán, para asumir lo inevitable.

Desde mi habitación, levanto la mirada hacia el horizonte. A lo lejos parece haber calma y sosiego; el sol, a punto de ponerse, bañando el cielo con tonos rosados y anaranjados parece ajeno al caos que veo y al griterío que oigo bajo mi ventana. Esa puesta de sol es hermosa, pero también aterradora. Sé, soy consciente, de que será el último atardecer que veré en mi vida y no puedo evitar sentir una aguda punzada de tristeza en mi interior.

Mi mente, como si del libro de la historia de mi vida se tratase, comienza a repasar mi historia y cada capítulo empieza a hacerse

nítido y lo recuerdo con todo detalle; y cada momento, cada experiencia, cada persona que he conocido cobra vida. Me pregunto si he vivido lo suficiente, ¿he aprovechado al máximo el tiempo que se me ha dado? El tiempo... el tiempo es la esencia de la que está hecha la vida y ahora nos falta el tiempo y se nos escapa la vida. No puede ser, no quiero aceptar este destino; me pregunto qué algo puedo hacer para cambiarlo.

Giro la cabeza y a través de la puerta de mi habitación veo a mis padres que están en el salón, tratando de mantener la calma en medio del caos. Los quiero más que a nada en el mundo y saber que dentro de unas horas los perderé para siempre me duele tanto que me resulta insoportable. Empiezo a pensar si alguna vez les dije lo mucho que significan para mí, si alguna vez les he dicho que los quiero con todo mi corazón.

Por mi mente empiezan a desfilan los momentos felices que pasamos juntos: las risas en el parque, las conversaciones interminables hasta altas horas de la noche, los viajes larguísimos, los abrazos que curaban cuando las cosas se ponían difíciles... Ahora, que la vida va a ser tan efímera como alguna vez les fue que era, aunque no creí que tanto, todo queda tan lejano, pero a la vez es tan presente y real.

Recuerdo a mis amigas, que han sido mi apoyo incondicional a lo largo de los años. Cierro los ojos y veo sus sonrisas, escucho sus risas que resuenan en mi mente como un eco de aquellos días en los que no nos importaba nada más que estar juntas. Siempre estuvieron ahí para mí, en los buenos y malos momentos, compartiendo alegrías y tristezas.

Recuerdo a Tania, que con su energía positiva iluminaba allá donde estuviera. Siempre tenía una frase o palabra motivadora para todas nosotras; también, sus millones de datos curiosos como si su mente tuviera acceso a una enciclopedia viviente.

Luego está Silvia, el faro que nos guiaba en medio de la oscuridad. Siempre sabía que decir para reconfortarnos y darnos fuerzas cuando más lo necesitábamos; su amistad era un ancla que me mantenía en medio de la tormenta.

Y por supuesto, no puedo olvidarme de Noelia, la valiente del grupo. Siempre dispuesta a probar cosas nuevas y a enfrentarse a cualquier desafío con osadía. Con su espíritu libre e indómito, nos inspiraba a todas a vivir la vida al máximo.

Salgo de mi habitación, y frente a mis padres, veo sus rostros llenos de preocupación. Pero más allá de la simple apariencia ves la determinación en sus ojos. Saben lo que de forma inminente está por venir, pero están dispuestos a enfrentarse a ello como familia, juntos.

— ¿Cómo te sientes? — me pregunta mi madre, acariciando mi mejilla.

— Estoy bien, mamá — le respondo tratando de sonar valiente pese al nudo que tengo en mi garganta y las lágrimas a punto de caer.

Me siento junto a ellos en el sofá y los tres, abrazados, compartimos una silenciosa despedida. No hay palabras que puedan expresar cómo nos sentimos en este momento.

— Quiero que sepas que siempre estaré contigo, Irene — habla mi padre, con la voz temblorosa por la emoción.

— Y yo siempre estaré contigo, papá — le respondo sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas.

El tiempo parece detenerse un momento mientras nos agarramos el uno al otro, intentando desesperadamente mantener unos últimos momentos de normalidad antes de que todo cambie para siempre. Tengo la certeza de que este es un momento que nunca olvidaré, un momento que seguiré recordando, esté donde esté; porque en algún sitio estaré, no puede ser que todo acabe aquí, en un rato.

Finalmente nos levantamos, y nos dirigimos hacia la puerta principal. Ya fuera, vemos como a lo lejos en el horizonte el sol se oculta, dejando tras él solo oscuridad y una neblina nunca antes vista. Y silencio, hay un silencio atronador a nuestro alrededor, un silencio que parece gritar. Sabemos que es hora de decir adiós.

— Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo, pararlo — susurra mi madre con la voz quebrada por la tristeza.

Asiento, compartiendo su deseo; pero sabemos que es imposible. El tiempo avanza inevitablemente hacia adelante, sin importar

cuánto deseemos detenerlo.

Nos abrazamos una última vez en la puerta. Luego, entrelazando nuestras manos avanzamos los tres dando pequeños pasos, preparados para encarar el final del mundo con la cabeza en alto.

La oscuridad caía sobre la ciudad mientras avanzábamos por las calles desiertas. Cada paso resonaba como un eco de nuestra determinación y resignación ante lo inevitable. El silencio era abrumador, solo interrumpido por el murmullo del viento, el revoloteo distante de algunas hojas caídas y el tic-tac constante del reloj del apocalipsis. En ese momento, mientras caminamos juntos hacia lo desconocido, nos damos cuenta de que, el mundo puede llegar a su fin, pero el amor y conexión que sentimos como familia vivirán para siempre en nuestros corazones.

Y así, mientras el reloj del apocalipsis marca los últimos minutos, su inexorable cuenta hacia atrás, continuamos juntos, como una familia unida hasta el final. Porque, aunque el mundo desaparezca, el amor que compartimos como familia nunca lo hará.

**FIN**